

lia humana, el preservativo de la corrupcion, la gracia cristiana que vuelve al espíritu humano la rectitud perdida. A estas dos madres nuestras podemos llamarlas, á la una madre de desgracia, á la otra Madre de gracia; la primera no supo encontrar en el fruto que su mano atrevida cogió del árbol prohibido, lo que la segunda alcanzó con el fruto de su vientre. Tres resortes movieron la voluntad de Eva á comer del fruto prohibido: la ambicion de hacerse semejante á Dios, como le prometia el ángel malo si comia de la fruta; el gusto delicioso que en la misma pensaba sentir, y su hermosura y perfeccion exterior: y sin embargo, Eva, accediendo á la tentacion diabólica, ni fué levantada á la dignidad divina, ni gozó la dulzura del fruto, ni pudo recrearse con su hermosura. El pecado rebajó su dignidad y borró su semejanza con Dios; y al comer de la fruta no se gozó en la misma, puesto que al momento sintió la confusion de su desnudez y fué expulsada vergonzosamente del encantador paraíso en que habia sido criada. El fruto del vientre de María produce efectos diametralmente opuestos. El apóstol san Juan dice, en su carta primera, que aquellos á quienes se manifies-

ta Jesús, quedan hechos semejantes á Él; unidos íntimamente á Dios encarnado participamos de su misma naturaleza; áun propiamente toda la tarea del cristiano en esta vida no ha de ser otra que hacerse, mediante el esfuerzo de la voluntad informada por la gracia, semejante á Cristo; y nadie entrará en el reino de los cielos que no traiga en sí estampada la imágen del Salvador. Algunos santos han alcanzado hasta la semejanza corporal y visible con nuestro adorable Salvador, como san Francisco y otras personas privilegiadas, alguna de las cuales ha vivido en nuestros mismos dias, como es público y notorio de la célebre estigmatizada belga, Luisa Lateau, muerta recientemente. El fruto del vientre de María hace, pues, á los hombres semejantes á Dios; como verdadero fruto sirve de espiritual comida á los cristianos, y es Cristo sacramentado, cuya comida preserva de la corrupcion y de la muerte, y hace vivir por eternidades de eternidades. La Iglesia lo llama Pan de los Angeles y dice que tiene todos los gustos apetecibles. Cuando el hombre se espiritualiza de veras, percibe el delicioso sabor del fruto del vientre de María, de manera que leemos

en las vidas de los santos, que, comiéndolo, con él contrarestaban los sinsabores de la persecucion, de las enfermedades y de las tentaciones diabólicas. Su hermosura es superior á la de todos los hijos de los hombres; es verdaderamente una hermosura divina y el resplandor de la gloria del Padre. Es este fruto bendito de Dios, que de tal manera le llenó de bendicion, que con Él bendijonos á todos con todo linaje de espirituales bendiciones (1); es bendito de los ángeles, que perpetuamente le ensalzan, repitiendo aquel cántico que pone san Juan en su Apocalipsis: «Bendicion, y gloria, y sabiduría, y accion de gracias, honra, y poder, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos, Amen (2);» y es bendito de los hombres que le cantaron: Bendito el que viene en nombre del Señor, estando, segun san Pablo, toda lengua obligada á confesar que el Señor Jesús posee la misma gloria del Padre (3); de consiguiente, concluye santo Tomás, si la Virgen es bendita, mucho más lo es el fruto de su vientre.

- (1) Ephes. I.
 (2) VII, 12.
 (3) Philip. II.

Jesús. Este nombre dulcísimo lo añadió la Iglesia al fin de la salutacion angélica; es el nombre del fruto bendito del vientre de María, y la pronunciacion de estos dos nombres, amorosamente entrelazados, es uno de los mayores atractivos de la recitacion del santo Rosario. Si amable, dulce, saludable, consolador es el nombre de María, en mayor grado aún reúne estas cualidades el de Jesús. El nombre de Dios es y siempre ha sido admirable en todas las naciones de la tierra, aún en aquellas que han tenido de la Divinidad una idea inexacta ó incompleta. Todo nombre es significativo de la cosa, y mucho más el de Jesús lo es de la divina Persona que lo lleva, ya que le fué impuesto por el Eterno Padre, segun reveló el Angel (1), aún antes que María lo concibiese en su casto seno. El nombre del jefe de un Estado ó de una escuela es la bandera de combate de los que lidian á sus órdenes para lograr victoria; sólo pronunciar el nombre enardece sus ánimos, embravece sus co-

(1) Amb. Lib. II *in Luc.*

razones, fortifica sus brazos, les arrastra al peligro, les decide á la muerte. Estos nombres de sólo oírse producen en el alma una verdadera revelacion, y son como la quinta esencia de un conjunto de verdades cuya explicacion exigiria largos volúmenes. En los distintos nombres con que los pueblos significan la Divinidad, resplandecen generalmente uno de los dos caracteres con que el Señor se manifiesta al mundo, y que es indudable que forman los elementos esenciales de las relaciones del Sér divino con las criaturas: la justicia y la misericordia. Por esto en las sagradas Escrituras encontramos calificaciones casi opuestas, al hablar del nombre de Dios. Santo y terrible, admirable y excelso, le llamó el profeta David, y la Iglesia, divinamente inspirada, aplica al nombre divino aquel singular calificativo de Salomon: «Tu nombre es como el aceite derramado (1),» es decir, símbolo de salud, de misericordia y de dulzura. El nombre de Jesús es verdaderamente dulce y suave, porque nuestro Dios al encarnarse suavizóse y humanizóse, para ponerse á nuestro alcance.

(1) Cant. 1, 2.

Si Dios justiciero se hubiese manifestado á los hombres pecadores con su aspecto de juez, y armado de los castigos merecidos, todo el linaje humano hubiera perecido; los hombres hubieran dicho aquellas palabras del Evangelio: Montañas, caed y aplastadnos, porque no podemos vivir bajo tal mirada. Mas Dios al hacerse hombre hizo-se Salvador, y esto significa el nombre de Jesús. El glorioso san Bernardo deshácese en la ponderacion de este dulce nombre, en prosa y en verso canta sus alabanzas, y en este punto bien puede decirse que tal vez despues de David, nadie ha sabido interpretar mejor el profundo misterio del nombre divino. Otros personajes del antiguo pueblo de Dios, por providencia especial llevaron tambien el nombre de Jesús; y sin embargo, el profeta Isaías dijo que el Hijo de la Virgen tendria un nombre nuevo, á lo cual contesta santo Tomás, que este santo nombre tiene la significacion espiritual y universal en nuestro Señor, es decir, que sólo Él es el que trajo la salud verdadera, y no á este ó á aquel pueblo, sino á todos los pueblos de la tierra. Es, pues, el nombre de Jesús á manera de un aceite medicinal ó bálsamo que se ha derra-

mado por todos los países del mundo, manifestando en cada generacion que no ha perdido su valor curativo. En este santo nombre el apóstol san Pedro obró el primer milagro, curando al paralítico que estaba pidiendo limosna á la puerta del templo hacia ya treinta años, como con sencillez y uncion nos explica el libro de los Hechos de los Apóstoles. La salud del alma la dió á todos los pueblos del imperio romano, y áun á los que están en los confines del orbe de la tierra. San Pablo en el día de su conversion recibió el mandato de traer este nombre á todos los pueblos, tribus y reyes de la tierra; y lo llevaba por el mundo como quien trae una luz, y á todos iluminaba, despejando la tierra de las espesas tinieblas de vicios y errores que la ocupaban; y como el mundo andaba hambriento, porque no se alimentaba de Dios, probó el divino nombre de Jesús y lo encontró delicioso. Los hombres se pierden por la falta de reflexion y se distraen de ocuparse en lo sólido y verdadero, entreteniéndose con las puerilidades mundanas; el que por propia experiencia conoce el nombre de Jesús, ya no busca otros deleites, ni solicita más placeres. Satisface la

mente, repara los gastados sentidos, robustece las virtudes, mantiene las costumbres buenas y honestas, y fomenta las castas afeciones. Fuera de Jesús no hay amor; hay concupiscencia, hay sensualidad, hay molicie de sentimientos: por esto dijo san Pablo (1), que los paganos eran gente sin afeciones; y lo mismo que los gentiles del tiempo de san Pablo son los gentiles, son los no cristianos de todos los siglos. El puro y santo amor sólo, pues, se comprende en este nombre, Jesús. Por esto todo es desabrido para el hombre cuando no hay este dulce nombre. «Si en lo que escribes, dice san Bernardo, no hay el nombre de Jesús, al leerlo lo encuentro insípido; falta la sal que todo lo condimenta. Si discutes ó razones, tampoco me place si no oigo este nombre. Jesús es miel para el paladar, para el oído melodía, para el corazon gozo.»

Ante tan soberano nombre han de doblar la rodilla los ángeles, los hombres y los demonios (2). Al oír este magnífico principio de la fe cristiana creyó el sapientísimo Ori-

(1) II Tim. III, 3.

(2) Philip. II, 10.

genes, dice santo Tomás, que habia de venir un día en el cual todo sér criado se someteria al divino imperio de Jesús, y voluntariamente le adoraria; un día en que en el mundo, los hombres seguirian todos la bandera de Jesús, y en que el infierno desapareceria, recobrando los malvados espíritus su primitiva condicion de ángeles buenos. Mas no es así. Es cierto que Jesús es Dios humanado, que en Él brilla con suavísimo y penetrante y preponderante resplandor el atributo de la misericordia, mas no ha perdido por esto el de la justicia; al revés, vino al mundo para dar cabal cumplimiento á la justicia; por esto exige que se aparte de toda iniquidad el que pronuncia su santísimo nombre, y en el día en que el rápido rio de la sucesion de las humanas generaciones se haya convertido en el mar inmutable de la eternidad, el humilde Hijo de la Virgen aparecerá otra vez en la tierra, convertido de Cordero en Leon, y dirigiéndose á los que no adoraron su nombre ó lo pronunciaron indignamente, les dirá aquellas terribles palabras del Evangelio: «Id, malditos, al fuego eterno que desde el principio para vosotros está ardiendo.» Acógete, pues,

cristiano, antes que llegue tan terrible trance, bajo los pliegues de la bandera de Jesús; invoca su nombre pronunciando sus alabanzas, y te libertará y restituirá la dignidad de hijo de Dios que habias perdido, al sumergirte en el pecado. No hay cosa que como este nombre rompa los ímpetus de la ira, mitigue la hinchazon de la soberbia, cure las heridas de la melancolía, seque el flujo de la lujuria, apague la llama de la liviandad, temple la sed de la avaricia y expela todo indecoroso prurito.

Al pronunciar este nombre de Jesús imagínate un hombre de corazon manso y humilde, benigno, sobrio, casto, misericordioso y finalmente rico de todo lo honesto y santo; y que al propio tiempo es Dios omnipotente que con su ejemplo cura, y con su auxilio robustece. Todo esto junto significa el nombre de Jesús; por lo cual tómalo como un pomo de salutífera esencia que traigas siempre contigo, para evitar todo contagio, y curar ya el primer síntoma de todo vicio ó pasion desordenada.



La segunda parte del *Ave María* la añadió la Iglesia, y es la súplica que hacemos invocando su universal intercesion. *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.* No caemos, pues, en el error que falsamente nos achacan los protestantes, suponiendo que invocamos á María como si fuese un Dios; nó, la invocamos como á una criatura, pero una criatura que es Madre de Dios, y que es mayor que todo lo criado. Le pedimos, no que nos remedie, no que nos envíe la gracia; sino que ruegue por nosotros. Todos podemos rogar los unos por los otros, y María ¿no podrá rogar por todos? A todos oye Dios; ¿y no oirá por ventura á su Madre? La confianza en la intercesion de la Virgen no nace de femeniles afectos, sino de la misma revelacion divina y de solidísimas razones teológicas. Los antiguos Padres de la Iglesia, de consuno los orientales y los occidentales, todos los Concilios antiguos y modernos, han proclamado y recomendado la intercesion universal de la Madre de Dios. Como á Jesús le compete, segun la

doctrina de santo Tomás, el nombre de Salvador de todos, es decir, en una acepcion universal, á María le corresponde el título de intercesora sin limitacion alguna, de manera que su jurisdiccion no tiene confines. Y la razon es, porque es Madre de Dios. De aquí que la Iglesia en esta súplica pronuncie este título admirable de Madre de Dios, que no compete á ninguna otra criatura visible é invisible. Quiso Nuestro Señor tener sólo un Padre en el cielo y una Madre en la tierra; ambos lo concibieron, el uno desde la eternidad en su divino seno, la otra en el tiempo en su casto vientre. Por esto María es consanguínea de Dios encarnado en el sentido material y propio de la palabra; emparentó con la Divinidad en el máximo grado de union, que es la maternidad. La carne de Jesús es carne de María; debele, pues, el Señor á su Madre la humanidad que tanto ama, por lo cual la Virgen tiene un derecho á pedir, y una garantía de conseguir lo que pide. No hay autoridad semejante á la de María, porque, en el orden jerárquico de los seres, inmediatamente despues de Dios está María; el Hijo, dice con valiente expresion el beato Alberto Magno,

maestro de santo Tomás, hace infinita la bondad de la Madre. Ten, pues, una confianza ilimitada en esta celestial Señora, acude á Ella en todos los instantes de tu vida; no la cansarás, porque el afecto de Madre es paciente; porque Ella, dicen los Doctores, por lo mismo que es Madre de misericordia tiene cargo de los desgraciados, y cuanto más pecadores más le interesan, y cuanto más desgarrados y perdidos más la mueven, porque en la gran familia cristiana ha recibido el sublime encargo de reconciliar á los pobres pecadores con el que es Padre celestial de los mismos é Hijo querido suyo. En vida y en muerte su intercesion en favor de los que la invocan con el rezo cotidiano del Rosario es sensibilísima. El obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, refiere el caso de una jóven del gran mundo, rodeada de todas las grandezas y felicidades humanas, que en la hora de la muerte, que sonó para ella en la flor de la juventud, á pesar de los multiplicados atractivos que parecia debian retenerla en la tierra, dejó la vida temporal con la más tranquila abnegacion, «Porque, dijo, no puedo menos de pensar que me introducirá en la vida

eterna Aquella á la cual cada dia, cincuenta veces consecutivas en el Rosario, pido que ruegue por mí en la hora de mi muerte.» El que estas líneas escribe, y todos los que se han dedicado á la asistencia de moribundos, podrian dar larga cuenta de la muerte tranquila, resignada y serena con que la celestial Reina del santísimo Rosario suele favorecer á los que tienen la costumbre de recitarlo cotidianamente.

Por largos siglos los cristianos saludaron á María sólo con las palabras del Angel y de santa Isabel; mas la piedad y devocion fermentan y crecen con el tiempo al calor de la vida espiritual. Los antiguos monasterios fueron fraguas en que ardía la dulce llama de la devocion á Jesús y María. A las palabras de san Gabriel y de santa Isabel consignadas en las sagradas Escrituras, y dirigidas á ensalzar la dignidad de la Virgen, faltaba el complemento, la súplica pidiéndole su intercesion. Por esto los Trinitarios segun unos, los Camaldulenses segun otros, añadieron á la salutacion angélica estas palabras: *Santa Maria, Madre de Dios, ruega*

por nosotros pecadores. Amen. Los Franciscanos que, dignos hermanos de los frailes de santo Domingo, siempre han sido devotísimos de la Virgen, pusieron las últimas palabras: *Ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Antes del año 1508 en ningun lugar se encuentra el *Ave María* con la segunda parte con que ahora la rezamos los cristianos; más tarde, pocos años despues del citado, fué apareciendo en los Breviarios de las Ordenes religiosas antedichas y de otras; de manera que una buena parte de los Institutos regulares, que adornan la Iglesia católica, han contribuído á levantar el gran monumento á la gloria de María, cuyo plan trazó, ilustrado por luces celestiales, el incomparable Domingo de Guzman (1).

(1) Ferraris. V. *Salut. angel.*



CAPÍTULO V.

La «Salve Regina.»

§ I.

INMEDIATAMENTE despues del Rosario suele rezarse ó cantarse la *Salve*. Esta piadosa costumbre tiene su fundamento en la liturgia de la Iglesia católica, que manda decir tan devota antifona ó himno, durante la mayor parte del año, á todos los que vienen obligados al rezo del Breviario, al acabar las Horas canónicas. El origen de la *Salve* no consta de una manera cierta; dijeron algunos antiguos escritores que su autor la habia aprendido de oírla cantar á los ángeles; mas lo indudable es que está empapada de una tierna y angélica devocion, y que su autor